

# RECUERDO DE UNOS DIAS EN BELAGUA

POR RUBÉN LAS HAYAS

*A los dos montañeros del Pol-Pol con quienes disfrutamos un estupendo día de montaña.*

Las vacaciones han quedado atrás. Ahora sólo nos quedan gratos recuerdos y la esperanza de que el año próximo, podamos repetir nuestra excursión a algún otro bonito lugar de nuestra geografía.

Teníamos como base para nuestras excursiones la borda Pedregón, de donde partíamos todas las mañanas para ascender a alguna cima y luego volver a comer o a cenar si la travesía era larga. La gente que habita en esta borda es buenísima, muy amable y sumamente servicial y gracias a ellos pudimos ver transcurrir felizmente nuestras vacaciones.

Recuerdo en especial a Fidel. Delgado, de baja estatura, con un buen corazón a pesar de sus ratos de mal humor, aunque conmigo siempre estaba de un humor excelente. Yo le tomaba el pelo y él a su vez me tomaba también sus bromas, sobre todo desde el día en que fuimos a la Mesa de los Tres Reyes... y llegamos a Petrechema. ¡Pero dónde vas a ir tú! —me decía—. ¡Yo, con los ojos cerrados llego a la Mesa! Y nos recordaba dos días seguidos que subió hasta su cima guiando a una excursión de casi cuarenta personas. Y aquel otro día que bajó la cabeza de San Francisco Javier desde el barranco donde cayó la estatua. ¡Y con lo que pesaba!

En fin, guardo muy grato recuerdo de él y me gustaría volver a verle otro año por allí.

En los días que allí estuvimos, coincidieron dos fiestas seguidas y conocimos entonces a los «madereros». Eran éstos gente fuerte y noble y los únicos que hablaban vascuence, pues hasta en el mismo Isaba eran poquísimos los que conociesen su lengua vernácula. Me recordaron un poco a los vaqueros de los «Western» americanos cuando llegan a un pueblo. Bajaban del monte una vez cada mes o cada dos meses y lo hacían con los bolsos no faltos de dinero que

gastaban alegre y un poco despreocupadamente. Se privaban de muy poco durante esos días. Comían bien, bebían en cantidad y sobre todo cantaban, pues la última noche dos de ellos que no bajaron al pueblo, nos dieron un buen recital de jotas, a pleno pulmón por cierto, hasta la una de la madrugada. ¡Menos mal que aquel día no teníamos que madrugar!

Al día siguiente se reintegraron a su trabajo y se volvió a oír rugir a las motosierras y a verse bajar troncos al valle por los cables aéreos.

Todas las tardes, el sol iba desapareciendo tras la cima de Larrandoa y entonces las sombras se extendían silenciosamente por el valle, para luego ir ascendiendo a los montes circundantes. Poco a poco se iban apagando todas las cimas hasta que quedaba solamente Budoguía teñido de un color rojizo. Después sólo restaba esperar a que apareciese la luna que volvería a iluminar, esta vez más tenuamente, el valle.

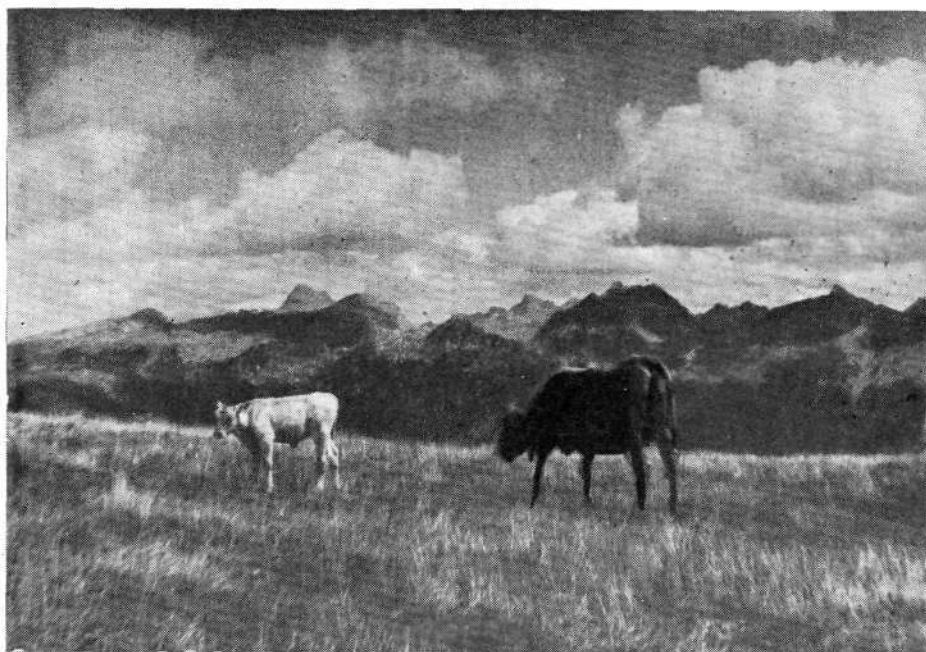
Pero a esa hora del crepúsculo el frío ya se hacía sentir, así que nos metíamos en la cocina, donde dos mesas con largos bancos recogían a toda clase de personas que estuvieran por el valle. Gentes que se dedicaban a las labores del campo, a la explotación maderera, al pastoreo, cazadores, guardas forestales y la pareja de la guardia civil de servicio, solían aparecer por allí para tomar un vaso de vino o comer algo.

Y era entonces, cuando habían terminado su trabajo diario, cuando me gustaba oír sus conversaciones, sobre todo si recordaban sucesos relacionados con el contrabando. Y más si los «civiles» estaban presentes y tomaban parte en la conversación. Y discutían. Unos de que eran capaces de atraparles a la primera que hicieran y los otros desafiándoles, recordando quizás tras una sonrisa las muchas veces que lo habían hecho.

Cierta noche habían salido conduciendo una manada de caballos para pasarla a Francia, y se desató una tormenta fuertísima, con rayos y truenos espantosos. Todos los que iban, así como la guardia civil que les acompañaba estaban empedados de agua pero con el propósito firme de llegar al collado en que habían concertado la entrega con los franceses.

Yo que seguía atento la conversación pregunté bastante extrañado, a qué se debía el que la guardia civil estuviera presente en esos pasos furtivos de ganado y me lo explicaron brevemente.

El ganado llega a Belagua con todos los papeles en regla y allí se buscan personas conocedoras del terreno para poder ponerlo en determinado lugar de la frontera. Los españoles pagan, pues, todos los derechos de paso de frontera, pero no así los franceses que los compran y que exigen que se les entregue a cierta hora de la noche, en determinado lugar, para poder escapar de la vigilancia de los gendarmes.



*Desde el coll de Lapatía: Anié, La Mesa de los Tres Reyes. Budoguía. Petrechema...  
(Foto R. Las Hayas)*

Pero no es ésta la única manera en que pasa el ganado la frontera. Muchas veces mientras por un lugar pasan legalmente el ganado acompañados de la guardia civil, por otro lugar se pasa otra manada, pero ésta sin haber pagado ninguna clase de sobrecargos.

Esto constituye el verdadero contrabando de ganado y que en muchas ocasiones es descubierto, cayendo el ganado en manos de la guardia civil, pues los contrabandistas dejan el ganado y huyen sin que nunca se haya producido disparo alguno.

Por lo que hablaban, todos habían sido contrabandistas alguna vez, siendo el único contrabando que se practica en la actualidad este del ganado y quizás desaparezca cuando acaben la carretera que nos unirá con Francia.

Podría seguir así desgranando mis recuerdos, pero temo que no resultasen interesantes. Quiero acabar por tanto, contando algo que vimos y que a nosotros mismos nos pasó.

En los días que allí estuvimos, pasaron por el valle bastantes montañeros de Vizcaya, Guipúzcoa y Pamplona y solamente éstos llevaban una idea clara de cómo estaba aquello. Tenían además gran cantidad de papeles para poder acampar, entre los que por cierto figuraba un permiso del alcalde de Isaba.

Nosotros habíamos tenido nuestro primer contratiempo en Isaba debido al carnet de acampada. La guardia civil al saber que no lo poseíamos y en vista

de que las fondas estaban llenas, nos permitió acampar por esa noche, pero aconsejándonos el marcharnos al día siguiente, pues en Belagua tampoco nos dejarían acampar.

Esto nos desanimó bastante, pues no conocíamos aquello y estábamos acostumbrados a andar por Gorbea y Aralar sin traba alguna y como único carnet el de federado. De todas maneras nos fuimos a Belagua, pues el viaje desde Bilbao no es broma, y allí en Pedregón nos dejaron dormir en el pajar.

A otros montañeros de Durango que habían acampado sin dicho carnet, en el fondo del valle, les hicieron levantar la tienda y les revisaron lo que llevaban en las mochilas.

Y por lo que vimos el último día, no era suficiente poseer el carnet de marras, pues a dos montañeros de Portugalete les exigieron además un permiso de la Diputación Foral de Navarra. En resumen que nadie sabía exactamente lo que se necesitaba y que las tiendas de campaña no eran bien vistas en aquellos lugares.

Como estos casos son muy frecuentes allí, según nos dijeron, recomiendo a todos los que se encuentren en esta situación, que vayan a la citada borda, donde les dejarán acampar en su terreno particular, junto a la casa, pues como he dicho es gente muy amable.

Otra prueba del desconocimiento de aquello es que algunos creían encontrar cama en las ventas de Arrako o de Juan Pito, cuando éstas hace mucho tiempo que se dedican a sus trabajos particulares. Además las camas no se conocen en Belagua, pues se duerme encima de la hierba en el pajar.

Otros llevaban tres días en el valle y no sabían, hasta que se encontraron con nosotros, que en Pedregón podían comprar pan y comida.

En fin, quisiera que todos los que vayan, saquen el mejor provecho posible de los días que allí estén, pues aquello es precioso.

Cerrando los ojos todavía me parece escuchar las alegres esquilas de los rebaños y pasan ante mí todos aquellos montes que recorrimos: La Mesa de los Tres Reyes, Lacarchela, Arlas...